



AVISO LEGAL

Capítulo de libro: *El exilio republicano en México y las redes intelectuales: el caso de Rafael Altamira*

Autor del capítulo: Ledezma Martínez, Juan Manuel

Título del libro: *Docencia y cultura en el exilio republicano español*

Autores del libro: Santana, Adalberto; Velázquez, Aurelio; Aguilar Salas, María de Lourdes; Ibañez Tarín, Margarita; Rico Diener, Ernesto; Martínez Dorado, Alicia; García Bernal, Silvia Mónica; Dosil Mancilla, Javier; Sánchez Illán, Juan Carlos; Ledezma Martínez, Juan Manuel; Díaz Silva, Elena; Guasch Marí, Yolanda; Durante, Laura; Andersen, Katrine; Sánchez Cuervo, Antolín; Vega, Gerardo;

Colaboradores del libro: Martínez Hidalgo, Irma; (diseño de portada) Santana Hernández, Adalberto; Velázquez Hernández, Aurelio; (coordinadores)

ISBN: 978-607-02-6713-0

Forma sugerida de citar: Ledezma, J. M. (2015). *El exilio republicano en México y las redes intelectuales: el caso de Rafael Altamira*. En A. Santana, y A. Velázquez (coords.), *Docencia y cultura en el exilio republicano español* (pp. 103-116). Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe. <https://rilzea.cialc.unam.mx/jspui/>

D.R. © 2015 Cátedra del Exilio

D.R. © 2015 Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510
Ciudad de México, México.

© Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510
Ciudad de México, México.
<https://cialc.unam.mx>; <https://rilzea.cialc.unam.mx/jspui/>
Correo electrónico: cialc-sibiunam@dgb.unam.mx

Los derechos patrimoniales del libro pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este libro en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons
Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional (CC BY-NC-SA 4.0 Internacional).
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>



Usted es libre de:

- > Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- > Adaptar: remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

- > Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia e indicar si se han realizado cambios. Pueden hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- > No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- > Compartir igual: si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

EL EXILIO REPUBLICANO EN MÉXICO Y LAS REDES INTELECTUALES: EL CASO DE RAFAEL ALTAMIRA*

Juan Manuel Ledezma Martínez**

Resumen

El siguiente trabajo tiene el objetivo de realizar un primer acercamiento al estudio del exilio de Rafael Altamira en México durante el período de 1944 a 1951. Se pretende aportar elementos para el análisis de los vínculos y contactos de las redes generadas por Rafael Altamira en el mundo cultural e intelectual mexicano, con el fin de hacer una contribución al amplio estudio de las redes intelectuales del exilio republicano en México.

Palabras clave

Rafael de Altamira, Exilio, México, Redes intelectuales, Alfonso Reyes.

* Rafael Altamira (Alicante, 1866-Ciudad de México, 1951) catedrático de las universidades de Oviedo y Central de Madrid, juez del Tribunal Internacional de la Haya, polígrafo dedicado a la Historia, el Derecho, la Pedagogía, las Letras y la Música. Autor de una gran cantidad de obras que abordaron problemáticas tan diversas como la identidad nacional, la educación, las relaciones con América, la historia de América, la historia de España, la metodología y la enseñanza de la historia, la historia del derecho español, el derecho indiano y el pacifismo. Los principales estudios biográficos sobre Rafael Altamira en: Rafael Altamira y Crevea, *Rafael Altamira 1856-1951*, estudio introductorio de Rafael Asín, Alicante, Instituto de Estudios "Juan Gil-Albert", Diputación Provincial de Alicante, 1987; Vicente Ramos, *Rafael Altamira*, Madrid, Alfabeta, 1968 y *Palabra y pensamiento de Rafael Altamira*, Alicante, Caja de Ahorros de Alicante y Murcia, 1987; Francisco Moreno, *Rafael Altamira y Crevea (1866-1951)*, Valencia, Generalitat Valenciana/Consell Valencià de Cultura, 1997; Pilar Altamira, *Diálogos con Rafael Altamira*, España, Universidad de Murcia/Servicio de Publicaciones y Universidad de Oviedo, Ediciones de la Universidad de Oviedo, 2009; Álvaro Ramos, *Rafael Altamira: una generación excepcional* (vídeo), Madrid, 2010. Otros trabajos destacados que tocan aspectos biográficos son: Javier Barceló Malagón y Silvio Zavala, *Rafael Altamira y Crevea: el historiador y el hombre*, México, IIH-UNAM, 1971; Irene Lis Palacio, *Rafael Altamira: un modelo de regeneracionismo educativo*, Alicante, Publicaciones de la Caja de Ahorros Provincial de Alicante, 1986.

** UNAM-Universidad Autónoma de Madrid.

Y ahora, he aquí mi súplica. ¿Quiere U. hacerme el gran favor de interesarse por mi yerno, mi hija y mis nietos? Es cosa, como digo antes, de singular importancia para mí y por la que me obligaría U. profundamente. Por eso me atrevo a llamar a la puerta de su antigua y buena amistad y el recuerdo de mi devoción, siempre fiel a ese pueblo de Méjico que tan cariñoso y noble fue para mí hace treinta años [...].¹

Así escribía don Rafael Altamira el 16 de mayo de 1939 a Alfonso Reyes suplicándole que acogiera a la familia de su hija, dado que a consecuencia de la Guerra Civil había perdido todos sus bienes y en esos momentos –comentaría a Reyes en la misma carta– su sueldo como juez del Tribunal de La Haya con el que mantenía a once miembros de su familia desde hacía tres años, peligraba y desaparecería en unos meses.²

Estas palabras son otras tantas que relatan los momentos de angustia que vivieron una gran cantidad de familias españolas en su peregrinar después de 1936.

El alicantino Rafael Altamira en esta misiva hace alusión a una antigua amistad con Alfonso Reyes y a una visita que realizó a México treinta años antes. En efecto, Alfonso Reyes, miembro del Ateneo de la Juventud en aquellos años que alude Altamira, había asistido junto como muchos otros ateneístas y estudiantes a varias de las conferencias que entre 1909 y 1910, el entonces catedrático de la Universidad de Oviedo, Rafael Altamira, había pronunciado en distintos foros de la Ciudad de México. Además, Reyes había participado también en una velada en honor al profesor ovetense organizada por los jóvenes ateneístas en enero de 1910.

Desde entonces se empezaron a tejer los lazos con Alfonso Reyes. Estos y otros vínculos que estableció Rafael Altamira son una historia poco conocida que atañe a su labor académica, la cual le permitió entablar relaciones culturales, científicas e institucionales con no pocos intelectuales, universidades y centros de investigación americanos (incluyendo por supuesto a Estados Unidos).

¹ Clara E. Lida y José Antonio Matesanz, *La Casa de España y El Colegio de México: memoria 1938-2000*, México, El Colegio de México, 2000, pp. 78 y 79.

² La experiencia vivida por Rafael Altamira tras su salida de España ha servido, como muchas otras, a la historiografía del exilio republicano en México para ilustrar la situación tan apremiante que vivieron estos intelectuales que se quedaron sin recursos y sin país.

Muchas de las relaciones que estableció don Rafael Altamira con intelectuales e instituciones americanas se debieron a que desplegó acciones tendientes a buscar una mejoría de su entorno social y una buena relación cultural entre España y las que él llamaba sus “hermanas americanas”. Como ejemplo de ello podemos señalar que su obra americanista e hispanoamericanista abarcó gran cantidad de trabajos;³ que las acciones desplegadas por él con relación a estos asuntos tuvieron que ver no sólo con la difusión del conocimiento sobre América gracias a estas obras, artículos, conferencias y a través del seminario que fundó en el Centro de Estudios Históricos de Madrid en 1910 y de su cátedra en la Universidad Central de Madrid sobre las instituciones de América en 1914, sino también con su labor diplomática extraoficial. Sobre esta última se reconoce que contribuyó a establecer puentes entre España y las repúblicas americanas, empresa que realizó principalmente entre junio de 1909 y marzo de 1910 a lo largo de su famoso viaje de nueve meses por América en el que visitó Argentina, Uruguay, Chile, Perú, México, Estados Unidos y Cuba.⁴

Algunas de estas relaciones que mencionamos datan de este periodo, precisamente porque el motivo del viaje patrocinado en el marco de la campaña americanista de la Universidad de Oviedo, fue llevar la propuesta de reivindicar la operatividad de una comunidad de cultura sostenida en la lengua y la historia común; de superar la ruptura de las viejas relaciones entre España y América Latina para reabrir las

³ Una muestra de la obra americanista e hispanoamericanista de Altamira en sus textos: *Cuestiones hispano-americanas*, Madrid, E. Rodríguez Serra, 1900; *España en América*, Valencia, F. Sempere y Compañía, 1908; *Mi viaje a América (Libro de documentos)*, Madrid, Lib. Gral. Victoriano Suárez, 1911; *España y el programa americanista*, Madrid, Editorial América, 1917; *La política de España en América*, Valencia, Edeta, 1921; *La huella de España en América*, Madrid, Reus, 1924; *Colección de textos para el estudio de la Historia de las Instituciones de América. constituciones vigentes de los estados americanos*, Madrid, Arte y Ciencia, 1926; *Últimos escritos americanistas*, Madrid, Librería Fernando Fe, 1929; *La enseñanza de las instituciones de América*, Madrid, Tipografía de Archivos, 1933.

⁴ La historiografía latinoamericana sobre este importante suceso histórico está por escribirse. Solo recientemente encontramos trabajos puntuales que han analizado la recepción de esta empresa en América Latina, concretamente para el caso de Argentina con los trabajos de Gustavo Prado: *Rafael Altamira, el hispanoamericanismo liberal y la evolución de la historiografía argentina en el primer cuarto del siglo XX*, 2005 (Tesis doctoral, Universidad de Oviedo); *El Grupo de Oviedo en la historiografía y la controvertida memoria del krausoinstitucionismo asturiano*, Oviedo, KRK Ediciones, 2008; *Rafael Altamira en América (1909-1910). Historia e historiografía del proyecto americanista de la Universidad de Oviedo*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2008, y *Las lecciones historiográficas de Rafael Altamira en Argentina (1909): apuntes sobre ciencia, universidad y pedagogía patriótica*, Oviedo, Universidad de Oviedo, 2010. Y para el caso de México: Juan Manuel Ledezma Martínez, *Los programas hispanoamericanistas de Rafael Altamira y su primera estancia en México, 1909-1910: Hacia la conformación de una red intelectual*, 2013 (Tesis doctoral, Universidad Autónoma de Madrid).

con signos de igualdad, solidaridad y cooperación en el campo de actuaciones bilaterales en materia cultural, intelectual y universitaria, tan manidas en la retórica político-social de la época pero a menudo obviadas a la hora de la verdad. Esta misión por tierras americanas fue claramente exitosa y las ideas de Rafael Altamira se plasmaron en una serie de actividades académicas que contribuyeron no sólo a fijar un rumbo de renovación intelectual hispanoamericana, sino también a ganarse un importante lugar en la memoria cultural española y latinoamericana. En suma, esta empresa vino a ser un hito en la historia del americanismo español y del hispanoamericanismo liberal y progresista.⁵

Cabe mencionar que el viaje a América le permitiría a don Rafael reformular durante varios años el programa hispanoamericanista que había ideado desde 1898 con el fin de extender relaciones desde el ámbito académico y cultural con los países latinoamericanos.⁶ Dicho programa de acción hispanoamericanista consistía básicamente en una serie de iniciativas encaminadas a establecer un intercambio de recursos universitarios tanto humanos como de publicaciones, acuerdos científicos, comerciales y migratorios, con la intención de traspasar el aislamiento y el desconocimiento mutuo entre ambas regiones y emprender un camino conjunto hacia la modernización.

Ahora bien, el acercamiento a la labor de don Rafael Altamira en México durante diciembre de 1909 y febrero de 1910,⁷ no sólo resulta

⁵ En España cada vez más se conoce la trayectoria americanista de Rafael Altamira y Crevea; sin embargo, no ocurre lo mismo en los países latinoamericanos que fueron a su vez un sentimiento, un interés y una dedicación para quien es considerado una de las figuras más importantes del hispanoamericanismo liberal y progresista.

⁶ Durante una conferencia inaugural en el marco del congreso de la Asociación española para el progreso de las ciencias, celebrada en Santiago de Compostela en 1934, Rafael Altamira mencionaba que a lo largo de cuatro décadas había estado formulando un plan de acción hispanoamericanista cuyos contenidos se podían encontrar en sus obras *España y América*, 1908; *Mi viaje a América*, 1911; *España y el programa americanista*, 1917, *La política de España en América*, 1921; *Últimos escritos americanistas*, 1929; Rafael Altamira y Crevea, *Idea de una política actual hispanoamericana*, en Asociación Española para el progreso de las ciencias; 14º Congreso, Santiago de Compostela, 1934, p. 18, nota al pie núm. 2. A este gran corpus de obras dedicadas a formular las líneas directrices del hispanoamericanismo, habría que sumar el discurso inaugural del curso 1898-1899 de la Universidad de Oviedo, el texto *Cuestiones Hispanoamericanas* de 1900, y otras tantas conferencias aisladas que dictó durante todos estos años.

⁷ La historiografía sobre el paso de Altamira por tierras mexicanas en este contexto del periplo americano de 1909 y 1910 ha tenido dos momentos. El primero se produjo gracias a los trabajos que escribieron sus discípulos en México para resaltar la labor americanista e historiográfica de su maestro. Véase Barceló Malagón y Zavala, *op. cit.* El segundo momento surgió en el marco de los simposios en homenaje a Rafael Altamira realizados en ambas orillas del Atlántico durante la década de los ochenta. En España se editó *Rafael Altamira 1856-1951*, *op. cit.* En México tras el homenaje que le rindió la Universidad Nacional Autónoma de México, se reeditó la obra de sus dos discípulos y se publicó un número especial sobre

de especial interés para el estudio de las relaciones intelectuales entre España y México, sino que es de gran importancia para los Estudios Latinoamericanos, porque han sido pocos los trabajos que han analizado las repercusiones que tuvo en América Latina la obra americanista e hispanoamericanista de don Rafael.⁸ Incluso, en este último sentido, el tema de la red que estableció con sus pares mexicanos es de vital importancia para comprender la dinámica histórica del movimiento hispanoamericanista, la circulación de élites, y el espacio intelectual, institucional y político que se fue forjando progresivamente mediante el intercambio de ideas y de experiencias.

Durante este viaje inicial por tierras mexicanas, don Rafael Altamira supo captar la atención de grupos de intelectuales y políticos relevantes de aquel entonces. Previamente había tenido contacto con

Altamira en *Cuadernos del Instituto de Investigaciones Jurídicas*, año V, núm. 15, México, UNAM, septiembre-diciembre, 1990. A partir de entonces historiadores mexicanos como Rafael Diego-Fernández y Jaime del Arenal empezaron a rescatar la primera visita de Altamira desde la historia del derecho. Véase Rafael, Diego-Fernández Sotelo, "Don Rafael Altamira y Crevea y la Historia del Derecho en México", en *Memoria del IV Congreso de Historia del Derecho Mexicano*, vol. I, México, IJ-UNAM, 1988, pp. 245-262, y "La Huella de Altamira en la historia de Hispanoamérica", en *Cuadernos del Instituto de Investigaciones Jurídicas...*, pp. 397-410. Jaime del Arenal Fenochio, "Comentario a la ponencia del doctor Rafael Diego-Fernández: 'La Huella de Altamira en la historia de Hispanoamérica'", en *ibid.*, pp. 411-414 y Rafael Altamira y Crevea, *La formación del jurista*, estudio preliminar, edición y notas de Jaime del Arenal Fenochio, México, Escuela Libre de Derecho, 1993. Desde otra perspectiva disciplinaria se encuentra el trabajo de Jesús Nieto, quien estudió algunas de las actividades desarrolladas por Altamira en otros ámbitos de la educación. Véase Jesús Nieto Sotelo, "El pensamiento educativo de Rafael Altamira y las universidades mexicanas", en *Anales de Pedagogía*, Revista de la Facultad de Educación (sección Pedagogía), Murcia, Universidad de Murcia, núm. 17, 1999, pp. 203-220. Asimismo, se ha estudiado esta visita brevemente en el marco de la historia de las relaciones exteriores entre España y México. En este sentido, destaca la obra de la historiadora mexicana Josefina Mac Gregor, quien recapituló esta visita recurriendo a los archivos del Ministerio de Relaciones Exteriores de España. Véase Josefina Mac Gregor, *México y España: del Porfiriato a la Revolución*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1992. Finalmente, merece una mención aparte la contribución historiográfica por parte de Claude Dumas, quien analizó la visita de Altamira en el ámbito de un estudio biográfico sobre Justo Sierra. Véase Claude Dumas, *Justo Sierra y el México de su tiempo 1842-1912*, t. II., México, UNAM, 1986. Y el trabajo del emigrante español Enrique de Olavarría y Ferrari, quien realizó una crónica de esta visita dentro de los sucesos relacionados con el teatro, los recreos y las diversiones. Véase Enrique de Olavarría y Ferrari, *Reseña Histórica del Teatro en México 1538-1911*, 3ª edición ilustrada y puesta al día de 1911 a 1961, t. V, México, Editorial Porrúa, 1961, pp. 3208-3219. Este texto se publicó por entregas desde 1884. Sobre Olavarría cabe destacar que la Biblioteca Nacional de México desde el año 2003 creó una base de datos titulada "Españoles en México en el siglo XIX" y digitalizó los documentos, libros y revistas del Archivo de Enrique de Olavarría y Ferrari. En <http://www.coleccionesmexicanas.unam.mx>. Vale la pena comentar que para Olavarría, la llegada de Rafael Altamira a la capital mexicana fue un suceso digno de ser reseñado por llamar la atención de "los buenos moradores" y porque la personalidad del profesor ovetense "en el más supremo orden intelectual una bella temporada los entretuvo y recreó con su extraordinaria sabiduría y clásica naturalidad oratoria...". *Ibid.*, p. 3208.

⁸ Véase nota núm. 4.

las obras de algunos de ellos mientras trabaja en la revista *La España Moderna*, donde comentaba dichas obras.⁹ Este establecimiento de vínculos que se había generado por la circulación del conocimiento y por la colaboración intelectual se fortaleció durante su estancia en México gracias las relaciones de carácter personal que pudo establecer con los académicos y políticos.

Es importante mencionar aquí que fue recibido en México por Justo Sierra, quien en ese entonces era el ministro de Instrucción Pública. A través de Sierra la propuesta hispanoamericanista de Altamira parece haber cobrado relevancia, ya que ambos compartían la visión de hacer frente a la amenaza cultural de las potencias mundiales.

Asimismo, cabe destacar que la presencia de Altamira en esta primera visita a México fue significativa para la colectividad de emigrantes españoles radicados en este país. Una de las figuras relevantes fue Telésforo García quien no sólo representaba a la élite intelectual española en México, o a una migración privilegiada desde el punto de vista social y económico, sino que García fue el puente principal de esta red intelectual que conformó don Rafael en los espacios de sociabilidad mexicanos.¹⁰ Ello implicó que Altamira tuviese una gran aproximación a la vida social, política, cultural e intelectual del México de principios de siglo XX.

Esta primera visita del alicantino fue vista como un acontecimiento cultural de gran relevancia para la academia mexicana. Sus propuestas educativas y sus ideas hispanoamericanistas de intercambio intelectual, motivaron a profundizar en los cambios que ya se planteaban en la vida política y cultural del México porfirista. Sus ideas se conjugaron con los aires de renovación que soplaban los jóvenes ateneístas y con el proyecto de Justo Sierra por unificar las escuelas superiores y crear la Universidad Nacional. Proyecto de constitución que le fue encomendado revisar y sobre el cual aportó reflexiones que

⁹ Recientemente salió a la luz un texto que recopila estas contribuciones: Rafael Altamira, *Lecciones Americanas*, España, Analecta, 2013.

¹⁰ Véase a Juan Manuel Ledezma Martínez, “Los líderes de la emigración española en el México porfiriano: el caso de Telésforo García”, en Concepción Navarro [coord.], *Vaivenes del destino. Migrantes europeos y latinoamericanos en los espacios atlánticos*, Madrid, Ediciones Polifemo, 2014, pp. 373-393. Y del mismo autor “Telésforo García: un emigrante montañés en el porfiriato”, en *Actas del Congreso Internacional “América Latina: la autonomía de una región”*, celebrado en Madrid el 29 y 30 de noviembre de 2012, Facultad de Ciencias Políticas y Sociología, Universidad Complutense de Madrid (en línea).

apuntaban a la necesidad de una universidad que lograra establecer el vínculo real con la sociedad.¹¹

Altamira tuvo la capacidad de interactuar con varios colectivos de la sociedad mexicana con los cuales tejó su red. Éstos fueron los miembros del gobierno y de la élite política porfirista, los integrantes de la colectividad española, los estudiantes, ateneístas y artistas, y algunos funcionarios del servicio diplomático. Sin embargo, vale la pena destacar los nombres de los intelectuales y políticos como Justo Sierra, Telésforo García, el embajador de España en México: Bernardo de Cologan, Ezequiel A. Chávez, Pablo y Miguel S. Macedo, ya que todos ellos se constituyeron como los miembros más cercanos de su red mexicana.¹²

Se puede afirmar que en términos generales, la estancia de Rafael Altamira en México resultó relevante para encauzar un camino de renovación en algunos sectores de la educación. Los vínculos hispano-mexicanos e hispanoamericanos se fortalecieron durante el invierno de 1909 y 1910, en la medida en que la élite porfirista intentó entrever el significado y la importancia de hacer realidad las propuestas académicas planteadas por don Rafael.

Treinta y cuatro años después regresaría a México con un alto prestigio internacional tras haber luchado durante gran parte de su vida por la paz y por el entendimiento de los pueblos.

La familia Altamira llegaría en noviembre de 1944 a tierras mexicanas, después de haber pasado por Francia, Portugal y Nueva York.¹³ Juan A. Ortega y Medina describiría a don Rafael como un hombre “cabal y probo, republicano y liberal” que a su llegada a territorio mexicano le antecedía una “impresionante obra historiográfica” y una “intensa y agotadora actividad político-internacional”. Mencionaba que llegaba “maltratado espiritual y físicamente por la Guerra Civil española (1936-1939) y por su secuela internacional (Segunda Guerra Mundial: 1939-1945)”. Y agregaba que:

¹¹ Altamira informó sobre esta participación refiriéndose a las conversaciones que tuvo con Justo Sierra: “...al plan de la futura Universidad Mejicana, y, especialmente, de la Facultad ó grupo de estudios de Letras o Humanidades [...]. El señor Ministro tuvo la atención de comunicarme una copia del proyecto de ley constitutiva de la Universidad Nacional, sobre el que emití un dictamen privado”. Altamira y Crevea, *Mi viaje a América...*, p. 187. La copia de este proyecto aparentemente está resguardada en un archivo privado. Esperamos que pronto sea publicada para observar en qué términos Altamira elaboró su dictamen.

¹² Ledezma Martínez, *op. cit.*

¹³ Don Rafael Altamira estaba casado con doña Pilar Redondo. Habían tenido tres hijos: Rafael, Nela y Pilar. Rafael (hijo) se había quedado en España. Las hijas llegaron a México con sus respectivos maridos. Nela estaba casada con el otorrinolaringólogo Victoriano Acosta, y Pilar con Justo Somontes.

[...] se podría haber esperado que el abatido profesor dedicara el resto de su vida a vegetar, a recordar o prepararse a bien morir; pero no fue así, porque en el momento que pisó la tierra de paz mexicana renovó sus bríos, volvió a sus clases y conferencias [...] y se puso con renovadas ansias e incluso furia a investigar y escribir.¹⁴

Y en efecto, como diría uno de sus discípulos, el también exiliado Javier Malagón: “México supo captarse a don Rafael y él, por su parte, entregase de todo corazón a esta tierra generosa con aquellos que en su idea de vida ponen por encima de todo la *libertad* del hombre y de los pueblos”.¹⁵

Don Rafael llegó invitado por la Secretaría de Educación Pública encabezada por el intelectual y diplomático Jaime Torres Bodet y por la Universidad Nacional, cuyo rector a partir de 1945 sería el jurista Genaro Fernández McGregor.¹⁶ El establecimiento de don Rafael en tierras mexicanas responde a esa categoría que en los estudios migratorios se conoce como “llamada”, que en este contexto se materializaba con un contrato. Dicho contrato era una opción abierta que facilitaba el ingreso, y en el caso de los republicanos exiliados profesionales e intelectuales era una práctica conocida. En este sentido, cabe señalar que muchos de estos profesionales e intelectuales en años anteriores ya habían realizado estancias académicas en los distintos países a los que posteriormente llegaron en calidad de exiliados. Estas experiencias fueron posibles gracias a la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas (JAE), o a las instituciones de cultura española que se establecieron en algunos de los países latinoamericanos a raíz del famoso y citado viaje de Rafael Altamira y de visitas o estancias de otros colegas que le siguieron.¹⁷ Por esta razón, se afirma que “existía ya todo un sistema de redes y contactos científicos y profesionales que posibilitaron y dieron cabida a la búsqueda de oportunidades y a la tramitación de los contratos laborales”.¹⁸

¹⁴ Juan A. Ortega y Medina, “Historia”, en VVAA, *El exilio español en México 1939-1982*, México, Salvat/FCE, 1982, pp. 260 y 261.

¹⁵ Malagón Barceló y Zavala, *op. cit.*, p. 72.

¹⁶ *Ibid.*, p. 71.

¹⁷ Véase a Consuelo Naranjo, “Los caminos de la JAE en América Latina: redes y lazos al servicio de los exiliados republicanos”, en *Revista de Indias*, vol. LXVII, núm. 239, Madrid, 2007, pp. 283-306.

¹⁸ Aranzazú Díaz-Regañón Labajo, “Redes y estrategias de migración y exilio: el caso de los médicos republicanos exiliados en Argentina (1936-1961)”, en *Actas del XIV Encuentro de Latinoamericanistas Españoles*, Santiago de Compostela, 15-18 de septiembre de 2010, pp. 1186-1205.

Las redes que hemos comentado tejió don Rafael durante su periplo americano de 1909 y 1910 se continuaron en España a través del Centro de Estudios Históricos (CEH) perteneciente a la JAE y a través de su cátedra que impartió desde 1914 con el nombre Historia de las Instituciones Civiles y Políticas de América en la Universidad Central de Madrid. En el CEH Altamira fue el encargado de la sección de Metodología de la Historia. Por ahí pasaron investigadores y doctorantes latinoamericanos como:

Silvio Zavala, Ángel Rosenblat, Rodolfo Barón Castro, Antonio S. Pedreira, Margot Arce, Rubén del Rosario, Alfonso Reyes, Anibal Bascuñán, Raúl Porras Barrenechea y Pedro Henríquez Ureña entre otros, quienes a partir de la década de 1920 llevaron a cabo una importante labor de búsqueda e interpretación de fuentes hispanoamericanas junto a Américo Castro, Tomás Navarro Tomás, Menéndez Pidal, Rafael Altamira y los más jóvenes como Raquel Lesteiro, Antonio Rodríguez Moñino o Ramón Iglesia. Algunos de sus estudios vieron la luz en estos años en España, publicados por la JAE bien en monografías bien en revistas como fue Tierra Firme, dirigida por Enrique Díez-Canedo dentro de la sección hispanoamericana (1935-37) que recogía muchas de las contribuciones que pusieron los cimientos de un nuevo americanismo.¹⁹

Precisamente Alfonso Reyes, quien representa un nodo importante de la red de los exiliados republicanos en México, estuvo colaborando en el CEH de 1915 a 1923. Mientras que a la cátedra de la Universidad Central, que correspondía al doctorado de la Facultad de Derecho, asistieron el mexicano Silvio Zavala, el ecuatoriano Abel Romeo Castillo y el chileno Anibal Bascuñán, por mencionar algunos becarios latinoamericanos.²⁰

Ahora bien, regresando a la época que nos ocupa, estas redes de republicanos exiliados profesionales e intelectuales en México que traspasaban las instituciones académicas, se nutrían en otros espacios, en donde se fortalecían los vínculos. El caso de don Rafael Altamira también nos permite ilustrar un poco a este respecto. Javier Malagón,²¹ quien visitaba asiduamente la casa de los Altamira, en

¹⁹ Naranjo, *op. cit.*, p. 291.

²⁰ Javier Malagón, "Altamira en México (1945-1951) (Recuerdos de un discípulo)", en Armando Alberola [ed.], *Estudios sobre Rafael Altamira*, Alicante, Instituto de Estudios Juan Gil-Albert. Caja de Ahorros provincial de Alicante, 1987, pp. 209-223. Y del mismo autor, "Las clases de Don Rafael Altamira", en Malagón Barceló y Zavala, *op. cit.*, p. 49.

²¹ Malagón decía que había estudiado con Besteiro, que era discípulo de Fernando de los Ríos y amigo de Pepe García y García (Presidente de la Juventud Socialista). *Ibid.*, p. 212.

el barrio que los exiliados denominaban de “refugíberos”, en la colonia Roma, contaba que la familia Altamira tenía como vecinos en el condominio donde vivían a los escritores Ceferino e Isabel O. Palencia, al historiador de medicina German Somolinos, al cancerólogo Germán García, esposo de Adela Barnés (hija del historiador que fue ministro de Educación con la República: Francisco Barnés Salinas), y al general republicano Juan Hernández Sarabia. Decía Malagón: “nos parecemos a ciertos pájaros, donde uno hace el nido le siguen otros para levantar el suyo”.²² Asimismo, Malagón coincidió en casa de los Altamira, según su testimonio, con personas cercanas como la pedagoga Juana Ontañón, el historiador Francisco Barnés, el educador Luis Sanullano y el filólogo Urbano González de la Calle. Coincidió también con otras personalidades como el poeta León Felipe, el jurista Niceto Alcalá Zamora (hijo) el empresario Carlos Prieto y el político socialista Indalecio Prieto. Los mexicanos que frecuentemente visitaban a don Rafael, decía Malagón, eran Alfonso Reyes, Jaime Torres Bodet y sus alumnos Raúl Carrancá y Silvio Zavala. Y no faltaban algunos colegas como los estadounidenses Charles Griffin, Arthur Whitaker, Lewis Hanke, Clarence Haring y el politólogo Charles Fash (The Rockefeller Foundation); o los miembros de la Comisión de Historia del Instituto Panamericano de Geografía e Historia (IPGH): Ricardo Donoso (Chile), Eugenio Pereyra (Chile), general Chiriboga (Ecuador), Pérez Cabrera (Cuba), Santovenia (Cuba), Rafael Heliodoro Valle (Honduras).²³

Cabe destacar que su antiguo discípulo y tesista Silvio Zavala, acogió a don Rafael Altamira en el Centro de Estudios Históricos del Colegio de México. Zavala había regresado de la capital española en 1937 con la idea de crear un centro de estudios a semejanza del Centro de Estudios Históricos de Madrid. Gracias al apoyo de Alfonso Reyes, Zavala pudo concretar su proyecto y fundó el Centro en 1941, con el propósito de cultivar la historia de México y de Hispanoamérica. Zavala concebía para este Centro, que la...

aportación del nuevo historiador debía basarse en la investigación, en la elaboración de materiales nuevos que por necesidad debía espigar en los archivos, en la interpretación exacta y cuidadosa de las fuentes, en el reconocimiento de las deudas intelectuales y el deslinde preciso de la paternidad de las ideas y los datos.²⁴

²² *Ibid.*, p. 211.

²³ *Ibid.*, p. 213.

²⁴ Lida y Matesanz, *op. cit.*, p. 180.

Para Zavala, como buen aprendiz de Altamira, estas aportaciones del historiador, basadas en fuentes primarias y en enfoques originales, derivaban del conocimiento de que el mundo de los documentos históricos que había en Hispanoamérica seguía, de cierta forma, inexplorado y amenazado por “la destrucción y el olvido”.²⁵ Aunque centrados en la historia mexicana y latinoamericana, los cursos iniciales del Centro se completaron con asignaturas sobre historia de España y con cursos más generales sobre historia de la cultura, del arte y literatura. Silvio Zavala, siguiendo el ejemplo de Altamira, dictó el curso sobre la historia de las instituciones. Además, la segunda promoción de alumnos se benefició con cursos metodológicos, formativos generales y particulares. A este respecto, don Rafael Altamira tuvo también alguna participación. Impartió el curso de “Orientaciones para el estudio de la historia”. Además, formó parte del núcleo rector de profesores del Centro que estaba compuesto por Silvio Zavala, Agustín Millares Carlo, Ramón Iglesia, José Miranda y José Gaos. Todos estos profesores tenían una concepción especial de concebir la tarea del historiador:

[...] los aprendices del Centro podían dejarse influir por el neopositivismo de Zavala, con su pasión por el documento histórico y su pretensión de transmitirlo con gran pureza para que hablara por sí mismo; por la erudición humanista y clásica de Millares Carlo; por la visión cientifizante y universalista de Altamira; por el subjetivismo de Iglesia, con su rechazo de una historia lejana y ajena al historiador; por la visión compleja y penetrante de Miranda, que armonizaba diferentes facetas tan variadas como la del jurista, el economista, el sociólogo; por la fusión historicista que buscaba Gaos entre la filosofía y la historia, y su exigencia de encontrarle sentido propio al pensamiento en lengua española.²⁶

Además, en este mismo Centro, entre junio y diciembre 1946, don Rafael Altamira dictó el curso “Preparación para la técnica de la

²⁵ *Ibid.*, p. 181.

²⁶ *Ibid.*, p. 194. Cabe señalar que tanto Clara E. Lida como José Antonio Matesanz, importantes estudiosos de la historia de El Colegio de México y del exilio republicano, coinciden en señalar que las primeras promociones del Centro de Estudios Históricos tuvieron el privilegio de contar con unos profesores que no tenían parangón en México y en algunas otras partes del mundo. Y aprovechando esta formación lograron destacarse después como autores de gran obra escrita como Carlos Bosch, Alfonso García Ruiz, Luis González, Pablo González Casanova, Ernesto de la Torre, Susana Uribe, María del Carmen Velázquez y extranjeros como Monelisa Lina Pérez (Puerto Rico), Ernesto Chinchilla (Guatemala), Eduardo Arcila (Venezuela), Julio Le Riverend (Cuba) y Liga Cavllini (Costa Rica), por mencionar algunos. *Ibid.*, pp. 201-203.

Historiografía humana”.²⁷ El curso se programó en tres secciones. La primera estaba dirigida a enseñar la “doctrina metodológica”; en la segunda parte se expondría “el proceso de formación del concepto histórico” y las “posiciones de los historiógrafos a través del tiempo”, y la tercera sección estaba destinada a presentar una “bibliografía escogida”. Don Rafael concedería más importancia a la segunda sección y apoyaría sus lecciones en sus obras: *La enseñanza de la historia* y *Cuestiones modernas de historia*, ambas en sus segundas ediciones (1895 y 1935); *De Historia y Arte* (1898); *Historia de España y de la civilización española* (1902, 1930 y 1935), y un trabajo que pensaba publicar en 1934 bajo el título: *Tratado de metodología de la historia*, pero que a consecuencia de la guerra y de la pérdida de sus materiales no logró publicarlo en ese momento. Texto que esperamos pueda ver la luz algún día, dado que Altamira mencionó que ya no le daba tiempo para rehacer la obra entera a pesar de haber recobrado algunos de sus documentos diez años después.²⁸

El curso anteriormente descrito dio lugar al libro *Proceso histórico de la historiografía humana*, editado por primera vez en 1948 y que tuvo a bien reeditar El Colegio de México en el marco del Año Internacional Rafael Altamira 2011, para conmemorar los sesenta años del fallecimiento de este intelectual alicantino en el exilio mexicano.²⁹

²⁷ La propuesta inicial de este curso estaba dirigida a un grupo numeroso conformado en su mayoría por estudiantes extranjeros, pero tuvo que modificarse a causa de una enfermedad padecida por Altamira. El nuevo contenido se pensó para un número menor de alumnos matriculados y se propuso como objetivo general “comprender cómo las generaciones de muchos siglos [...] han podido legar una posición sólida en cuanto a la manera de concebir y de exponer la historia de la humanidad y de cada uno de los pueblos antiguos y modernos.” Asimismo, se planteó como objetivo específico que los alumnos conocieran “el proceso que durante siglos fue trazando la curva conceptual de la Historia como forma de literatura que busca el relato y la explicación de las actividades humanas creadoras del hecho antropológico de la vida social.” Rafael Altamira, *Proceso histórico de la historiografía humana*, México, El Colegio de México, 1948; (2ª ed., 2011), pp. 13 y 14.

²⁸ *Ibid.*, p. 82.

²⁹ En este trabajo don Rafael presenta su técnica historiográfica entendida como “El concepto que hoy día poseen los historiadores en punto al contenido de la vida de los pueblos que es preciso conocer para estructurar un relato que comprenda, totalmente, las actividades humanas en la fase que llamamos ‘civilización’, ya que ha desaparecido para todo el mundo aquella dualidad que durante mucho siglos se empeñó en no admitir otra clase de ‘historia humana’ que la política (es decir, del Estado), dejando aparte todo lo demás que comprende, precisamente, el proceso de cultura y del dinamismo social que ha trabajado siempre por la realización de las necesidades humanas, que no son solamente las del organismo político.” Quizá era muy precipitado por parte del alicantino anunciar el fin de la confrontación entre la historia política y la historia de la civilización. No obstante, esta cita nos viene bien para recordarle al lector que Rafael Altamira concebía la historia de la civilización como una historia íntegra y orgánica de los hechos de la humanidad a través del tiempo. Es decir, frente a la concepción de la historia de la civilización como una “historia interna” que comprende sólo a las instituciones sociales y

Además de dictar conferencias y de impartir sus clases en El Colegio de México, don Rafael Altamira también fue profesor en las Facultades de Filosofía y Letras y de Derecho de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Prestó sus servicios en la Sección de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras, impartiendo la materia “Historia de la civilización española” desde el 16 de abril de 1945.³⁰ Y en la que ahora es Facultad de Derecho impartió un curso sobre la costumbre jurídica en la colonización española.³¹

Infatigable, a pesar de sus ochenta años de vida, Don Rafael continuó publicando varios trabajos entre artículos, libros, prólogos, reseñas, etc.³² En la *Revista Historia de América* del IPGH, por ejemplo, donde también estaban ligados Zavala, Malagón y otros alumnos de El Colegio de México, colaboró con algunos artículos y reseñas de libros.³³ También participó en la mayoría de las actividades culturales y científicas del exilio español, y en otras en donde su carga de trabajo y salud se lo permitían.³⁴ Fue presidente del Instituto Mexicano Europeo de Relaciones Culturales,³⁵ y también en 1945 lo nombraron presidente de la Unión de Profesores Españoles en el Extranjero, asociación creada en París en 1939. Entre sus actividades como presidente de esta última asociación don Rafael Altamira fomentó las conferencias entre sus miembros y buscó que se les invitara a dar

políticas, la vida intelectual y las costumbres, Altamira propone incluir también a la “historia externa”, aquella de los hechos propiamente políticos. *Ibid.*, p. 11.

³⁰ Archivo Histórico de la UNAM (AHUNAM) Expediente núm. 21161. Historia académica del personal de la Universidad Nacional Autónoma de México, con firma autógrafa de Rafael Altamira, 15 de mayo de 1945.

³¹ Malagón, *op. cit.*, p. 212.

³² En esos años del exilio trabajó en su obra *Cartas de hombres* (1944); en la edición corregida y aumentada de su *Manual de Historia de España* (1946), la cual fue traducida al inglés por Muna Lee y editada por D. Van Nostrand Company, New York, 1949; en la segunda edición del *Manual de Investigación de la Historia del Derecho Indiano* (1948); en la redacción de su *Contribución a la historia municipal de América* (en colaboración 1951); en el *Diccionario castellano de palabras jurídicas y técnicas tomadas de la Legislación Indiana* (1951); en los prólogos de Arcilla Fariás, *Economía colonial de Venezuela*, México, FCE, 1946, Pedro Mir, *Tres leyendas de colores*, Santo Domingo, Editorial Nacional, 1969 (aunque el prólogo lo escribió en 1947). Malagón, *op. cit.*, p. 216.

³³ Dichos trabajos pueden consultarse en los números 10 (1940), 19 (1945), 23 y 24 (1947), 25 (1948) y 28 (1949).

³⁴ Hechos también conocidos son los homenajes que siguió recibiendo en sus últimos años de vida: por ejemplo, la Universidad Nacional Autónoma de México le rindió uno en 1945 y el Instituto Panamericano de Geografía e Historia otro en 1947, otorgándole además el primer premio de Historia de América. En 1951, la UNAM y El Colegio de México junto con Isidro Fabela, juez de la Corte Internacional de Justicia en esos momentos, lo propusieron para el premio Nobel de la Paz, contando con el respaldo de 400 adhesiones españolas e internacionales. Pilar Altamira, *op. cit.*, p. 158.

³⁵ *Ibid.*, pp. 157 y 158.

cursos, además de que continuó con la publicación del *Boletín* que se había creado en 1942.³⁶

Para terminar, consideramos que las redes que tejió don Rafael Altamira durante su primera visita a México durante 1909 y 1910, continuaron durante los años que precedieron su retorno a México en calidad de exiliado republicano. Queda mucho trabajo por hacer para indagar con mayor profundidad cómo es que estas redes se fortalecieron, cuáles fueron los espacios que se compartieron, los vínculos principales, los intereses comunes. De momento, una primera aproximación al estudio de las redes intelectuales alrededor de la figura de don Rafael Altamira nos permite comprender el camino que siguieron por Madrid a través de la visita de algunos intelectuales con los que don Rafael había establecido vínculos en esa primera visita a México. Redes que van a generar una solidaridad de ida y vuelta y que posteriormente van a permitir el ingreso de Altamira y su asentamiento en las instituciones académicas mexicanas. Don Rafael haría de México su segunda patria, allí moriría en 1951 dejando un importante legado. Si el régimen franquista se dio a la tarea de silenciar la obra de Rafael Altamira, así como de muchos otros intelectuales, las naciones americanas que los recibieron les devolvieron sus voces.

³⁶ Malagón, *op. cit.*, p. 219.